

JOAQUÍN EDWARDS BELLO*

ANDRES BELLO

MINISTRO SIN CARTERA

POCOS HOMBRES influyeron tanto como Bello en la vida chilena, sin intervenir de manera ruidosa. Allí, sentado en su silla, pluma en mano, enderezaba a la sociedad, cuidándose de aparentar lo menos posible. Su éxito dependió en mucha parte de la discreción. Nos referimos al éxito para Chile.

Hace poco vimos en la Alameda la estatua del maestro y un ramo de flores en el pedestal. Era de noche; no transitaba nadie, y el ramo de flores, de hermosas y grandes flores al alcance de todas las manos en esa parte revuelta de la capital, mirando la embocadura de la calle San Diego, estaba intacto; nadie había mancillado el ramo de flores a los pies de Bello, a ras del suelo.

Coincidimos con el aniversario de Venezuela, y conviene recordar algo de la trayectoria del juicio crítico respecto al grande hombre. Nadie podrá discutir su valor de buena pasta humana, de riqueza fisiológica, de vitalidad y de equilibrio; la historia le señala entre los grandes criollos de Venezuela en la época colonial: Bolívar, Miranda, Rodríguez, Acosta. Cada uno de ellos, diversos o contradictorios, encarna un valor esencial de América. Son arquetipos.

Tan discreta es la personalidad de Bello que desafía al más prolijo rebuscador de detalles para una biografía moderna. Conocemos solamente los resultados de su poder organizador, pero se nos escapan multitudes de datos para intentar lo que se ha dado en llamar vida novelada. Más que profesor de Bolívar en su tierra natal, nos parece un "pasante" familiar, llamado a casa del niño inquieto y arrogante para iniciarle en conocimientos generales. Bello sería el niño prodigio de Caracas.

Alguien ha deducido lo siguiente: "Bello no influyó decisivamente en Bolívar, porque era demasiado grave y prolijo. Quien influyó

*Joaquín Edwards Bello nos ha proporcionado de su archivo, algunos de los artículos que él ha escrito acerca de la personalidad de su bisabue-

lo, don Andrés Bello. Agradecemos la gentileza de nuestro escritor y Premio Nacional (N. de la D.).

en el ánimo del Libertador en ciernes fue, sin duda, Simón Rodríguez, el genial, el excéntrico y formidable don Simón. Bello aburriría al guerrero en flor; Rodríguez le divertía y animaba".

Nosotros rogamos a los lectores de la teoría antedicha que recuerden su época escolar y piensen un poco. En todos los colegios o liceos hay dos clases de profesores: unos que divierten a los alumnos y se les hacen muy simpáticos; otros que son imponentes y a veces cansan. De estos últimos era don Carlos Rudolph en el Liceo de Valparaíso, y su influencia, a la larga, fue más profunda y fértil que la de otros más divertidos o atrayentes.

Es bastante arriesgado y dudoso hacer suposiciones sobre los pensamientos de hombres que ya no existen, cuando estos hombres no dejaron cuadernos de memorias. Es inmoral inventar intrigas o aventuras a los muertos, a menos que entremos directamente en el campo de la invención de vida, o novela.

Respecto a las relaciones de Bolívar con su maestro juvenil y secretario en el viaje a Londres en 1810, hay un detalle exacto, y éste consiste en la carta del Libertador al Ministro de Colombia en Londres, señor Fernández Madrid, cuando supo que Bello había sido contratado por agentes del gobierno de Chile. En esta carta dice Bolívar: "No deje perderse a Bello en el país de la anarquía". Se extiende en otras consideraciones más que amistosas para su amigo y maestro de la infancia. Bolívar era ya un hombre maduro.

Bello está en Valparaíso. Nadie sabe cómo llegó. Uno de sus acuciosos admiradores y escritor de primera fila nos preguntaba si llegó por mar o por la diligencia de las pampas, desde Buenos Aires. No pudimos responderle. *El Mercurio* de Valparaíso, en la fecha de su llegada, no pone una palabra. En todo caso, suponemos que le llevaría un velero de la carrera. De pasar por Mendoza y los Andes, es seguro que hubiera seguido directamente a Santiago.

La impresión de Bello en Valparaíso fue desastrosa. El país burbujeaba, como siempre, dividido "en facciones llenas de animosidad". ¿Comprendió desde el primer instante, frente al cerro de la Cabritería, la enormidad de su misión?

Una vida de aventuras londinenses por espacio de diecinueve años, y cuyos pormenores son inéditos, le separaba de la tierra americana. Dos inglesas había en su vida: Ana Boyland e Isabel Dunn, ambas londinenses; la primera muerta en flor y la segunda dispuesta a volverse chilena y a chapurrear español con un acento detestable que la acompañó hasta la tumba. ¿Cómo vivió en Lon-

dres los diecinueve años más jugosos de su vida? ¡Misterio profundo!

Imaginemos a ese Londres regido por una Corte disipada, precursora de la esplendente época victoriana. Dickens había nacido ya. Bello se movió en el Londres de Dickens, en esas calles bullentes de miserables, de borrachos, de prostitutas, de pickpockets, de lords y de damiselas, de emigrados franceses horrorizados por la guillotina, de jugadores y de comerciantes. Había llegado en caravana de lujo al mejor hotel de Mayfair; había acompañado a Bolívar, el criollo rico, al Gaiety en noche de gala. El Libertador llevó a Londres dos esclavos negros de sus haciendas. Era millonario. Se hizo retratar por el pintor de moda. Las negociaciones fracasaron, y Bolívar partió. Bello quedó solo en la casa de Miranda, en Grafton Square. Un año más tarde comenzaron las estrecheces, las lecciones de latín y español a domicilio. En 1815 tuvo lugar la batalla de Waterloo. Bello cumplía cinco años en Londres, y le quedaban todavía 14 largos de estada entre las nieblas del cielo y del alma.

Es fácil imaginar el choque de la experiencia acumulada en Inglaterra en años críticos, con la anarquía chilena de 1829.

En la *Revista Nacional de Cultura*, de Caracas, núm. 6, de 1939, leo lo siguiente: "Todavía los venezolanos nos dolemos de haber perdido a Bello, cuya capacidad de primer Gran Ministro de la Cultura fue a enriquecer y servir a la República de Chile. Y, precisamente, tocó en suerte a este comedido e inteligentísimo caraqueño la magnífica tarea de ser uno de los fundadores espirituales de la entonces alboreante nación chilena. Se calumnia a Bello cuando se le describe —como lo ha hecho cierta crítica superficial— como el escribano y alto preceptor al servicio de los pelucones de 1830. Bello no era apóstol inflamado sino sensato realizador. Personalidad ordenadora y Ministro sin Cartera durante 35 años de vida chilena".

¡Ah, sí, lectores! Crear es difícil. Ordenar, dentro de las tendencias generales a la anarquía, es más difícil todavía. Indicar rumbos desde un retiro modesto y notar el influjo de las indicaciones, sin lanzarse a cobrar el precio de ellas ni a divulgar el propio aporte en las realizaciones nacionales de provecho, es lo más santo y ejemplar que puede hacer un hombre.

Por eso las flores al pie del monumento de Bello en la Alameda nos detuvieron en un minuto de silencio. ¿Para qué sufría Bello en Londres? ¿Para qué juntaba experiencia dolorosa? Para Chile, nada más que para Chile...

La Nación, 9 de julio de 1939.

ANDRÉS BELLO Y EL TIEMPO EN CARACAS

DON ANDRÉS BELLO nació en Caracas en noviembre de 1781, justamente en el tiempo límite que fijan los historiadores entre la edad agradable y la tediosa.

Según decían las personas maduras de entonces, la ciudad estaba muy cambiada. Recordar el pasado era como recordar un mundo desconocido. Algunos venezolanos estudiosos creen que el oasis de felicidad en Caracas se debió a un período singular de relajación o dejación de los gobernantes y de los negociantes españoles. Así, por ejemplo, entre 1706 y 1721, ningún barco español llegó a las costas de Venezuela, lo cual no implicó que los negocios venezolanos empeoraran. Al contrario, durante dicho entreacto floreció el comercio de contrabando con ingleses, franceses y holandeses. La población aumentó y la mortalidad disminuyó. El contrabando, la libertad de costumbres y el aporte de razas africanas operaron algo insospechado: un soplar de embriagueces dionisiacas acarició agradablemente los corazones de los coloniales. Las plazas eran alegres mentideros de mozas y de mozos, unas a sacar agua y otros a enamorar. Cabalgatas alegres partían a los campos circundantes; las carreteras ofrecían cuadros de algarabías encantadoras. Los blancos empezaban a imitar y a serenar las danzas africanas, tamboreadas y embrujadas, entre misterios nocturnos de mandingas. Las amas negras contaban cuentos misteriosos a los niños, cuando la noche caía en cendales nacarados.

Lo antedicho, apenas suspirado en las presentes líneas, duró lo que un suspiro.

¿Cuál fue la causa del cambio considerable acaecido en Caracas en 1781, fecha del nacimiento de Bello? Veamos:

"En 25 de diciembre de 1728, dice Gil Fortoul, celebró la Corona un contrato con la Compañía Guipuzcoana, que se formó bajo la invocación de San Ignacio de Loyola, y cuya dirección general se fijó en San Sebastián hasta 1751, año en que se trasladó a Madrid. El primer artículo del contrato aseguraba a la Compañía el monopolio del comercio con la provincia de Caracas, y agregaba que se expedirían patentes a los capitanes de sus buques para perseguir el tráfico ilícito. Los navíos de la Compañía cargarían mercancías para Venezuela en los puertos de Guipuzcoa, sin pagar derecho de

tonelaje. Al regreso los navíos debían hacer escala en Cádiz para pagar derechos de entrada de 2%, y seguir en seguida con su carga a Guipuzcoa".

De tal manera España entregaba simuladamente la administración de Venezuela a *verdaderos vascos nuevos*, no mezclados ni discutibles sobre el aspecto étnico.

El 15 de julio de 1730, salió de Pasajes la influencia definitiva en los navíos, que más tarde un poeta vasco, don Ramón de Bastera, llamaría *Navíos de la Ilustración*. Estos navíos se llamaron el *San Ignacio*, el *San Joaquín* y dos pequeñas fragatas, la *Guipuzcoana* y la *Santa Rosa*. No obstante los buenos resultados pecuniarios de la empresa y el hecho de haber tomado parte en ella buen número de *grandes cacaos*¹, es un hecho que mucha gente menor, habituada a prosperar en negocios libres y en el contrabando, opuso resistencia desde el primer instante a la Compañía Guipuzcoana.

El vasco es nacionalista y tradicionalista. Cuando se estampan dos palabras metálicas de tanta calidad, basta rozarlas un poco para obtener otra palabra de fuego: *fanatismo*. Magníficos navegantes, comerciantes, jugadores de pelota, andariegos y sobrios, fracasan en las tareas políticas a causa de la perturbación que introduce su manera depredadora, o afán de reemplazar lo universal por lo unilateral. Cuando don José Ortega y Gasset quiso incorporar en estampa inolvidable el orgullo personal de los españoles, lo puso en la carretera del país vasco en la forma de un mayorazgo, solitario y desafiador, en la cima de inhóspito monte.

Por la puerta hostil de dicho mayorazgo sale un hombre solo, viejo, de mirar feroz, que camina erguido, con un bastoncillo en la diestra, sin mirar a nadie. Será, tal vez, el mismo viejo que encontró don Matías Errázuriz cuando llegaba a España por la carretera, bufando en el potente Renault ocho cilindros, el que hizo detener para preguntar al andariego viejo:

—Oiga, amigo. ¿Es éste el camino de Ondarroa?

—Ni soy su amigo ni es este el camino, respondió el viejo.

No debemos olvidar que América es una palingenesia policroma; el cutis toma contornos de maldición para muchos, de bendición para otros, surtiendo por igual número gente soberbia y orgullosa, desplazada y resentida. Sin proponérselo técnicamente, la clase vasca,

¹Nombre que dan en Venezuela a sus títulos con fanegas de cacao. los condes y marqueses que pagaron

convertida en directora o en Gobierno, exacerba las luchas de origen cutáneo y de preeminencias distribuidas en castas.

Los vascos viejos, los pseudovascos, los zambos con apellidos vascos y los "grandes cacaos" con bisabuelos vascos, de Venezuela, encabezaron el profundo movimiento de antipatía, y después de odio, contra los nuevos vascos de la Compañía Guipuzcoana. Incidentes y pleitos judiciales menudearon. Los gobernadores y los funcionarios comerciales eran nombrados directamente en San Sebastián y refrendados en Madrid.

Los vascos fundadores de familias venezolanas importantes no eran propiamente vascos cuando llegaron los de la Compañía. El clima y diversos cruzamientos habían transformado a los montañeses de Europa en llaneros o en criollos tropicales, más morenos y verbosos, aficionados a la oratoria política, a las danzas de salón y a los títulos sonoros de nobleza, que compraban en Madrid mediante pago en fanegas de cacao. Algunos, no obstante el orgullo con que llevaban los apellidos guipuzcoanos, no eran descendientes de vascos sino de judíos "encartados" en las provincias vascongadas desde 1492, los que se apropiaron apellidos de las tierras adoptadas. Otros provenían de agotes, rama de origen desconocido, que vivió aislada y perseguida en el valle de Baztán, en Navarra.

Los antiguos vascos venezolanos, junto con los descendientes de encomenderos castellanos, andaluces, catalanes o extremeños, habían logrado implantar la tiranía de las castas, la que cursaba con sereno fatalismo en el paradisíaco valle y en las otras provincias de la Capitanía. Durante la Colonia el europeo miraba en menos al descendiente de europeos, o mestizo. Familias notables de la aristocracia caraqueña, con los Bolívar a la cabeza, contaban en la bandera personal y sin discusión, de la sangre, los tres colores consabidos: el blanco, el pardo y el cobrizo.

El primer Bolívar, el iniciador de la familia en tierra venezolana, llegó en 1559, y era hijo de don Martín Ochoa de la Rementería. En América cambió el nombre por otro correspondiente a su familia el de Bolívar Jauregui. Pasarían más de doscientos años antes de que cuajara el Libertador. Las minas de Aroa, base en la fortuna del héroe, fueron recibidas como herencia de Josefa Marín de Narváez, hija natural habida en una doncella, "cuyo nombre su padre calló por decencia", antepasada de don Simón. No existen razones ni datos para rechazar el supuesto de que doña Josefa aportara al

haber de la familia Bolívar, junto con las minas de Aroa, el tinte pardusco, la cabellera caracoleada y el gusto por el baile.

Vamos directamente al asunto:

—¿Por qué causa la Compañía Guipuzcoana, esto es los vascos puros y en ejercicio directo de poderes, comunicaron a Venezuela el virus de la politiquería y avivaron el deseo de emancipación?

En Brasil, ausente de vascos en ejercicio ejecutivo, la independencia se resuelve en deslizante paso de minué imperial con letra del Grito de Ypiranga. Masas populares acudieron a los muelles para despedir a la Corte de Portugal. En Venezuela la revolución asombró por su ferocidad. Para explicarnos una tan grave disimilitud vamos a explayar la teoría siguiente: el vasco sembró la tristeza, el aburrimiento y la desconfianza del criollo en sí mismo. El vasco sabe darse importancia por la gravedad, por lo prohibitivo y por su apariencia personal. Además de eso, se ha revelado sutilmente burlesco y peyorativo cuando enfrenta desequilibrios del pensamiento, que no entiende. Este espíritu burlesco —el de Baroja del presente— se ensañó con el criollo, esto es con el habitante de un mundo virginal. Las revoluciones americanas coinciden con el ausentismo. El criollo ansía irse o vivir en rebeldía. Prefiere la muerte a seguir como está. El tedio fabricó a Miranda, a Bolívar, a Rodríguez, a Páez.

El niño aburrido es una explosión en conserva; el hombre aburrido atrae tempestades. El vasco goza de precisión extraordinaria para achatar. Sabe clausurar de manera maestra las válvulas de escape de los vapores deletéreos en la parte del planeta donde se asienta. Alrededor de su maciza gravedad revolotea la burla corrosiva, así como el cuervo alrededor del campanario, hecho con piedras del Monte Igueldo y hierros de Vizcaya. La alegría del vasco nativo es seca y muscular, como golpes de pelotas en el frontón. Este cariz del vasco se vuelve vivo si nos damos la pena de revivir un poco de historia social chilena: la politiquería se apoderó de nuestro pueblo apolítico desde 1891 en adelante, y encajó exactamente, como en un juego de *puzzle*, en los vacíos dejados por la austeridad o severidad ausente de imaginación del vasco "en libertad": abolición del juego de chaya, de las Fiestas de Primavera, de los payadores, de las carreras a la chilena, del manto de espumilla, de los arcos de huaso, de las ramaditas pascuales y de las pantomimas históricas, madres auténticas del teatro popular. Pocos chilenos escapan a la influencia vascongada en lo personal y en lo circundante. El que

esto escribe, *crítico y parte de lo criticado* cuenta no menos de cuatro troncos vascos auténticos. Aguirre, Iribarren, Mendiburu y Urrutia. No caigamos en la trivialidad de lo unilateral y de lo preconcebido.

El vasco en su tierra natal, sujeto por Castilla, sin libertad absoluta, en un país recorrido por rumores de castañuelas y de piropos del Mediodía, se sostiene sobre la tierra en equilibrio gozoso y saludable. Pocos pueblos le aventajan en lo hazañoso y sufrido, en la elegancia corporal, la agilidad de saltamontes, la reciedumbre y la resistencia. Dominó en la agricultura y en la navegación. Esa pericia para descargar la vida de ilusiones y hacerla técnicamente aburrida y fracasada es el defecto del vasco importante. Baroja y Unamuno coinciden: "Toda vida a la postre es un fracaso". Está bien, pero no para decirlo. Hay niños en casa. La Compañía Guipuzcoana de Caracas, como la Compañía de Jesús, pretendió fundar un pueblo perfecto, de santos. En realidad creó suicidas, bandidos, enemigos mortales, prófugos, traidores, horcas. Destrucción más absoluta no se vio nunca: de Venezuela desapareció por cien años la buena estirpe castellana. Aún ahora se resienten los llanos de las razas en las magníficas manadas caballares.

En mejor posición geográfica que El Plata, con mayores elementos humanos y riquezas, es ahora Venezuela una República de segunda clase. La hora de queda y la manía restrictiva sepultaron la confianza y la alegría de vivir. En 1872 el estado de Caracas, dominada por los guipuzcoanos, era el siguiente: "La ciudad estaba desolada. La antigua animación en las fuentes públicas, abolida. El malestar económico causado por cincuenta años de monopolio guipuzcoano, aumentado por la tiranía fiscal, tenía retraído el espíritu, antes tan expansivo, de la sociedad caraqueña: paseos, tertulias, saraos, cabalgatas, todo estaba en receso"².

Los pueblos espiritualmente débiles resisten aparentemente una invasión de personas que ellos adivinan irresistibles; por lo mismo se contraen, y en esto se comportan como el niño cuando vive cerca de otro más fuerte que le succiona fatalmente vitalidad. Se convierte en tímido y pierde la iniciativa o *self confidence*. La epidemia de seriedad de los vascos, asociada con sus ojos azules y su buen color, cortó en los pueblos niños esos juegos infantiles indispensables para el desarrollo futuro. Se podrá objetar la teoría y defender

²Arqueología y Heráldica, Luis A. Sucre.

otras opuestas, como la del propio Basterra en su obra titulada *Los Navíos de la Ilustración*. Oigamos lo que decía Teresa de la Parra en carta a don Vicente Lecuna, fechada en París, 1931:

"Basterra les atribuye (a los barcos guipuzcoanos) la cultura misteriosa que aparece en Caracas a fines del siglo XVIII, y el espíritu inquieto de renovación y de iniciativa que produjo la independencia. Yo a veces pienso: ¿no sería al contrario el aislamiento de los siglos anteriores, *sin políticas*, negocios ni contacto con Europa, lo que dio a Caracas su alma mística que todavía se ve en algunas familias? Era un gran monasterio al aire libre, en contacto con la naturaleza que le daba al catolicismo un tinte pagano".

No es que hubiera vivido un tiempo aislada. En verdad cuando no comunicaban con la Corte de España, los nativos se entendían de contrabando con Inglaterra, con Holanda, con Africa y con Israel.

La Nación, 18 de enero de 1947.

UBICACION DE D. ANDRÉS BELLO

CUANDO pongo el pensamiento en don Andrés Bello me pregunto: ¿Podría decir algo nuevo? Se han ocupado de la vida y obras de don Andrés personas bastante más ilustradas que yo, en leyes, en gramática, en literatura y en historia. He leído más de una vez lo que de él han escrito sabios como don Miguel Luis Amunátegui, artistas e historiadores de mérito indiscutible como Benjamín Orrego Vicuña, Germán Arciniegas, Pedro Grases, Carlos Pereira, Jorge Carrera Andrade y otros. Conozco juicios laudatorios de eminentes figuras universales, entre ellas José Joaquín Olmedo y Menéndez Pelayo. Estoy obligado a explicar cuáles serían mis intenciones en el caso de que tomara la pluma y pusiera un título prometedor debajo de un nombre por tantas razones ilustre.

Mi pretensión, y es enorme, consiste en hacerle bajar de la estatua para convidarle a rehacer su aventura en forma algo más jovial y humanizada. Después de muertos, los hombres gloriosos no escapan a ciertos experimentos u operaciones trascendentales que truecan sus estructuras cuando ya parecían definidas e incommovibles.

La discreción y la seriedad han sido hasta ahora el ritmo regulador de los memorialistas nacionales cuando han abordado los hechos de Bello. No digamos la vida de Bello. La naturaleza modesta de don Andrés, su pudor y su discreción dificultan el camino si uno pretende adornarlo con relatos anecdóticos de su origen, de sus amores primeros, de las causas profundas de su salida de Caracas, de su juicio acerca de las guerras de la Independencia y de su vida en Londres. Parece que la discreción en la familia de Bello —hidalgos venidos a menos— era algo peculiar y acostumbrado. Se sabe poco, y lo poco que se sabe es confuso y dudoso. He pedido datos a no pocos caraqueños ilustres. Los resultados no pasaron de evasivas o de promesas agradables. No he sabido si atribuirlo al mal servicio de correos, a olvidos o a indiferencia de las personas a quienes acudí.

Casi siempre los escritores se guardan para sí lo que saben. Los norteamericanos, y esta vez conviene decir *las norteamericanas*, cuando se proponen iniciar historias noveladas o folletones de hechos prepósteros, se entregan a la faena en cuerpo y alma; viajan a los lugares en que vivieron los héroes, estudian la topografía, bucean en los archivos, adquieren libros antiguos, planos y mapas del tiempo. Tardan algunos años en terminar su *performance*, y cuando la terminan comprenden que son inválidas. El trabajo concentrado les ha quitado vista, fósforo y calcio. Entonces se retiran a las costas o a las montañas para rehacer el organismo, lo que casi siempre consiguen en el aura de la gloria y los billetes de banco. Así ha ocurrido con las autoras de obras célebres, monumentales, *best sellers* y tediosas: *Gone with the Wind*, *For Ever Amber*...

Para iniciar una biografía de Bello, el periodista que soy empiezo por decirse: "Esta vez va en serio. Nada de improvisaciones. Es preciso fijar la atención para dar vida a un conjunto dotado de hueso espinal". Para ello me ayudarán ciertos datos, muy pocos, recogidos en las tradiciones de familia. Lo esencial consiste en mis propias indagaciones, mis apuntes y mis lecturas. Deducir la realidad mediante la imaginación es posible solamente si hemos conseguido reunir elementos esenciales y existentes para reunirlos o ensamblarlos y hasta cierto punto adivinar la existencia de otros cuerpos desconocidos, remedando así el caso del astrónomo Le Verrier, que adivinó la existencia de una estrella sin haberla visto nunca.

Me atrevo a asegurar que de la niñez, la adolescencia y la juventud de don Andrés Bello la mayoría, aquí, en Caracas y en todas

partes, no sabe nada. La familia Bello se apagó en Caracas. Sería conveniente saber si, fuera de don Andrés, produjo alguna vez a otro miembro importante. Hay miles de apellidos conocidos solamente por uno de la familia que le dio el golpe de badajo para la eternidad; entre los más conocidos, Colón, Chaucer, Shakespeare, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Páez, Miranda...

En Venezuela saben menos que yo respecto del origen del apellido Bello. Algunos han creído que es de origen italiano; otros, que es de origen canario; otros, que es gallego. Si yo les dijera que es de origen griego se asombrarían. A Venezuela se la tragó Bolívar. Los frecuentes vacíos en el apunte de los hechos históricos provienen, según los datos de Gil Fortoul, de las guerras civiles. Dichas guerras acabaron con numerosos archivos. "La historia se ha escrito desde el punto de vista casi exclusivamente militar y con parcial apasionamiento de una y otra parte, ausente de aquel espíritu filosófico que procura ahondar en las causas y motivos de los sucesos humanos".

Una paradoja de la historia consiste en que nuestra América fascinaba al mundo por su seriedad y sus fuerzas ocultas mucho más antes que después de las guerras de Independencia. Después de estas guerras comenzaron el descrédito y la anarquía. Por lo mismo la posición personal de Bello ha estado ganando estatura. Su posición de amigo del género humano se consolida.

Bello aparece envuelto en el drama de la Independencia, sin carácter doctrinario, y lo más peliagudo para el biógrafo consistirá en deducir las opiniones exactas que esos hechos y los héroes de entonces suscitaban en su mente. Pocos países americanos produjeron hombres tan henchidos de vitalidad creadora como Venezuela entre 1700 y 1800. La lenta siesta colonial, o cura de reposo, daba frutos óptimos, cada cual de un género adecuado para constituir la perfección en la sinfonía nacional. La naturaleza no cuenta con la impaciencia ni con el accidente; produce vida a borbotones para que se cuide por sí misma.

Decíamos que Bello ha sido excesivamente marmolizado. Nuestro plan consiste en desmarmolizarlo.

Una estatua sugiere casi siempre lo venerable y lo viejo, lo definido y lo indiscutible. De otra parte, la escultura es enemiga de los sabios. En cierta ocasión un escultor pidió consejo a Benavente. Le habían encargado una estatua de Menéndez Pelayo. Benavente

respondió: "Lagartijo es estatuario. Menéndez Pelayo es una columna".

En el caso de Bello y de otros patriarcas americanos, la historia, como la escultura, evita en ellos la dosis de confianza y de alegría juvenil para mostrarles a las juventudes en forma de acabados modelos de gravedad en la apoteosis final, mezclada por desgracia con la parálisis y con la calvicie.

La gloria, diría Chateaubriand, es para el anciano lo que los diamantes para las mujeres sesentonas: adornan pero no embellecen.

El público, habituado a oír alabanzas al gramático, al filólogo y al poeta, el público que pasa y ve a don Andrés Bello tullido en el sillón frío de espaldas a la Universidad, ha conseguido identificar la estatua con el hombre.

Sin embargo, me parece ver a un joven de tupida cabellera, de grandes ojos claros, pálido y muy delgado, que se destroza los dedos frotándolos unos con otros, solo y mortificado, en una plaza oscura de Caracas. Es el joven poeta, es el hijo de doña Antonia López, una noche de 1809.

Nunca hubiera creído ese joven si fueran a decirle en ese instante que saldría de su ciudad natal, odiosa entonces para él, que surcaría mares y cielos, que sería un habitante de Londres, donde casaría con una hija de dicha ciudad; que enviudaría, y que casaría con otra. Después la apoteosis en Santiago de Chile. Nadie lo hubiera creído.

Siempre me ha fascinado en la vida de Bello, el raid asombroso de Caracas a Londres, y de Londres a Chile.

En la mañana de hoy permanecí extasiado mirando el mapamundi en una vitrina de la calle Bandera, y trazaba imaginariamente las rayas del enorme ángulo geográfico descrito por don Andrés Bello desde la mañana de la despedida, cuando su madre le abrazó en la casita del Callejón de las Mercedes para nunca más verle.

En ese adiós perdía Venezuela una parte de su vida futura. Envuelto en siniestras acusaciones se iba el niño prodigio. Comenzaba para nuestra América la confusión de valores o alteraciones del criterio y errores de puntería que hacen concentrarse a nuestros escritores y a la opinión pública en los hechos de armas, en las escaramuzas, en las trapisondas de cámara, las intrigas politiqueras y aquello, en fin, que otro hijo de Venezuela un siglo más tarde llamaría el tétanos político de nuestra América.

Bello ha partido en un carruaje que ha de llevarle a la Guayra. De ahí a Londres.

La Nación, 7 de agosto de 1947.

A N D R E S B E L L O , E L P O E T A

CUANDO la mejor sociedad de Caracas se absorbía en la política, o preparación de las luchas que estallarían más tarde con furia demoledora, el joven Bello era el precursor del paisajismo poético. Además de eso se asemejaba, en sus 20 años, a un cronista en verso. Ingenuo y romántico, parece que hubiera querido fijar en versos, por extraño presentimiento, el paisaje nativo. Bello era cerebral y por lo mismo con virtudes de mago y de adivino. Hay en su persona algo de fatal y raro como un presagio. En Caracas, donde mejor se diseñaba una raza nueva iberoamericana en camino de perfección, era Bello un ejemplar magnífico. Salvador de Madariaga le llama "la flor de Caracas". Bello estaba condenado a ser destruido para su patria por la tromba que se aproximaba, como serían destruidas todas las creaciones venezolanas, inclusive las crías de caballos y de vacunos. Lo curioso es que Bello se hizo impopular por largos años a causa de su ausencia de entusiasmo por los preparativos revolucionarios. Observó los hechos como empleado público y cronista modesto. Hay en los cerebrales un fondo de adivinación de los resultados que les hace parecer fríos en ciertas circunstancias. El cerebral que conoce sus capacidades y prevé su futuro y el de las cosas, cuida de su salud como el avaro sus talegas. No se pertenece a sí mismo ni a su generación. En esto se parecen Bello y Portales. Ninguno de los dos militó en la Emancipación. Bello se movía para un lado y los señores con haciendas y esclavos se movían para otro. No sé cuál de las dos actitudes se acerca más al patriotismo: si empuñar las armas para precipitar una revolución que defraudó a todos sus promotores, o tomar la pluma para perpetuar el aspecto del valle nativo y para celebrar el uso de la vacuna que salvó miles de vidas. Bello fue a la vez empleado oficial del departamento de la vacuna. Equivale a un bombero en Chile. Hay en las primeras poesías de Bello un misterio, algo como anticipación de los años terribles que habían de venir, de la calumnia que envolvería su vida y del largo destierro que había de sufrir en el clima más con-

trario al de su valle nativo. Bello fue un humanista y un poeta por admiración a la poesía clásica y por sus condiciones ingénitas de mago y de vate. Su primera etapa de poeta aficionado y de "preparador" de la tierra venezolana aparece influida en su goce de la naturaleza, en sus esperanzas, en su alegría de vivir y en la admiración por los poetas clásicos, en especial por Virgilio y Horacio. Bello no se admiró nunca a sí mismo, ni siquiera publicó sus propias poesías con el entusiasmo con que publicó las traducciones de otros poetas, que estimó invariablemente superiores a las suyas. Bello sentíase tan triunfante y feliz cuando descubría hermosos versos de otros poetas como un conquistador español cuando descubría templos cuajados de oro y de piedras preciosas. Sus mejores poesías dormían a veces muchos años sepultadas en sus armarios, antes de ser publicadas. Las sacaba a veces para pulirlas. No sabría ponderar con cuánta atención respetuosa he leído los trabajos referentes a Bello por don Miguel Luis Amunátegui. No podría dar un paso sin su ayuda, como nos ocurre a cuantos pretendemos arrancar algún secreto al pasado, así seamos cronistas o historiadores. Afortunadamente los documentos históricos chilenos son abundosos y nos permiten bordar nuestras deducciones, con relativa facilidad, sobre los bastidores que nos dejaron en herencia nuestros patriarcas.

Las primeras poesías de Bello, los cantos al Anauco y al Samán, de 1800, y a la vacuna, en 1804, prueban el temperamento servicial y amante de la sociedad del joven caraqueño. Antes que mirarlas del punto de vista de la poesía pura es mejor ver en ellas el despuntar de un carácter.

Sus versos de estudiante contienen las raíces de su amor al campo, a los árboles, a las aves, a los arroyuelos y a las montañas. He tenido el cuidado de anotar las veces que menciona las tórtolas, los jilgueros, los picaflors, las diucas, los cóndores y las águilas. En *El Proscrito* dice:

*Una recién venida mariposa
que en alas ve volar de gasa y seda
un vivo chupaflor que nunca posa
y de repente equilibrado queda.*

El chupaflor es el picaflor, o beija-flor, en Brasil. En "de repente equilibrado queda", tenemos la instantánea, o evocación precisa del

acto. Se trata del colibrí, o pájaro mosca de nuestra América. No se puede olvidar al chupaflor. El emperador Maximiliano quedó embelesado cuando lo vio la primera vez. "Se diría un pensamiento atrapado al vuelo y encerrado en palpitación de alas, flotante y suspensa".

El poder evocativo de Bello consiguió su más poderosa expresión en la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*.

El origen de esta poesía es novelesco. En su confortable sala de la calle de Catedral, en Santiago, muchos años después de haberla publicado, contaba don Andrés que cierta tarde de invierno, en 1824, pasaba en Londres, cerca de uno de los muelles, o docks, en el interminable y oscuro puerto, cuando vio un barco del que sacaban cajas y sacos repletos de frutos brillantes, cuyo aspecto y perfume hicieron temblar su corazón. Eran frutos y productos elaborados con fibras o cañas de las islas tropicales, fronteras de Venezuela. El contraste de la City de carbón y hierro con los frutos de su América virginal le inspiró. De retorno a su casita caminó Bello desde los muelles largos y ajenos, donde había redes, cables, barriles, cajas, entre olores mezclados de frutos, de brea y emanaciones de alcantarillas. Así nació la idea de terminar el poema que ya tenía pergeñado, y de publicarlo. Ya no vería más sus árboles, ni sus arroyuelos, ni sus frutos, pero los fijaría en versos relativamente eternos. Dicha poesía es la descripción de las fuerzas naturales, bienhechoras, de América, de la superioridad de los trabajos agrícolas y del campo sobre la vida de las ciudades. El que había de ser fundador de la Universidad de Santiago puso en guardia a los jóvenes cuyos padres eran agricultores o tenderos, contra la confianza excesiva en las universidades y en los libros. Huellas de esta advertencia se encuentran en no pocas estrofas de la *Silva*, y en otras poesías de sus últimos años. Previene así:

*Y en el ciego tumulto se aprisionan
de miserables ciudades
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos.*

Más adelante recuerda que "la triunfadora Roma antes fió las riendas del estado a la mano robusta que tostó el sol y encalleció el arado". Condenó a los que "anhelando van tras el señuelo del alto cargo y del honor ruidoso".

Lo esencial en Bello —poeta por vocación y sabiduría— es la abstracción de sí mismo. Las creaciones de los maestros antiguos eran sus mejores compañías. Procuraba imitarlas, a veces con dificultad y otras con maestría. Cuando le asaltaban momentos inevitables de nostalgia, salía de paseo, al aire, e iba diciendo en voz alta versos o expresiones de Virgilio, al azar: *Trahit sua quemque voluptas. Timeo danao et dona ferentes.*

Los pesares se iban disipando en el aire. Estos entretenimientos le agarraban y caía en sus propias redes. No podía deshacerse de las luces de sus maestros. Hay huellas de poetas griegos, latinos, ingleses y franceses en sus poesías.

*Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga.*

Así dice Bello en su famosa *Silva*. Es felicísima imitación de Homero. *Iliada* VIII 306. *La adormidera inclina la cabeza cargada de frutos.* Verso imitado ya en la *Silva* cubana de Manuel Justo de Rubalcava: *la guanábana enorme que agobia el tronco con el dulce peso*¹. Bello superó al cubano en la expresión, pero... *Nil novi sub sole.* Nada nuevo bajo el sol.

La Nación, noviembre de 1951.

B E L L O Y L O S L I B E R T A D O R E S

LA CASA de Bello estaba situada en los suburbios de Caracas, lo cual es dato importante, a causa de las pueriles diferencias que separaban a las familias por motivos de color, de títulos, de dinero, de vestimentas y de barrios. El caso es que a la catedral concurrían los blancos; a la Candelaria, los isleños de Canarias; a Altagracia, los pardos, y a San Mauricio, los negros (Gil Fortoul). Bello, no obstante la blancura de su estirpe, fue bautizado en Nuestra Señora de Altagracia, la iglesia vecina, frecuentada preferentemente por pardos. En la familia de Bello no hubo antecedentes que la realzaran a los ojos de sus contemporáneos; no hubo conquistadores, ni gobernadores, ni encomenderos ni fanegas de cacao para comprar marquesados en Madrid. Era el mayor de siete hermanos. La vida se le apareció desde su niñez como un problema solemne. Un medio

¹Julio Calcaño. El castellano en Venezuela.

vislumbró para emprender la tarea de ennoblecerse y consolidar el cimiento de la casa. Este medio consistió en su capacidad cerebral, ayudada por la constancia, la honradez y el respeto invariable a los espíritus superiores y al orden. No era ni plebeyo ni aristócrata.

Un niño inteligente, cuando nace en las condiciones de Bello, se convierte en cerebral. *Alone*, en su ensayo titulado *Don Andrés*, 1941, en *El Mercurio*, escribió: "Más conservadora que la aristocracia, la clase media a que Bello pertenecía tarda en adoptar las novedades del pensamiento o de las costumbres, y suele demostrar por las tradiciones y los privilegios que los beneficiarios de éstos y depositarios de aquéllas son los primeros en socavar, consciente o inconscientemente". La impresionante flacura y palidez de Bello en sus dieciocho años, cuando le conoció Humboldt, es otro dato para suponer que vivió en un mundo de abstracciones, aparte de cálculos sociales e intrigas de momento, de esas en que se componen las situaciones y los porvenires de los arribistas. En el mundo de los intereses inmediatos el cerebral revive la fábula del patito feo de Andersen. Otro punto importante para entender a un joven de la calidad y situación de Bello consistió en esto: Vino al mundo en los últimos días del paraíso colonial de Caracas. Hasta 1810 la vida para el joven Andrés, no obstante sus trabajos, o por eso mismo, fue una continua marcha de esperanzas y de triunfos. Solamente los jóvenes ricos que anduvieron en Europa, vanidosos y pretenciosos, se mostraban descontentos y aburridos en su patria. La idea de la emancipación de Venezuela tomó cuerpo en la clase rica y latifundista a causa de la igualdad que España pidió para los negros y pardos, por medio de la Compañía Guipuzcoana. Estas libertades, los nuevos impuestos y los monopolios humillaron a los comerciantes y a la clase aristocrática. En seguida influyeron en los orígenes de la Revolución el ejemplo de Washington, la gloria de Napoleón, el aburrimiento y el resentimiento. La asombrosa carrera de Miranda tuvo su origen en la amargura de su padre, a causa de un pleito contra dos eminentes blancos criollos. Lo curioso es que la autoridad española en Venezuela aparece hasta 1810 como defensora de las personas humildes contra el orgullo de los criollos aristocráticos. Al padre del Precursor lo defendió el representante del Rey en Caracas. El pleito que promovieron los aristócratas de Caracas contra don Sebastián Miranda es típico de la lucha de clases y de la vanidad. Los señores Ponte y Tovar, enojados porque don Sebastián Miranda se lucía todas las tardes en la puerta de su tienda de lienzos

y de amasijos, con uniforme y bastón de coronel de milicias, protestaron y le tacharon de "mulato, encausado, mercader y aventurero, indigno de desempeñar puesto de categoría..." El pleito característico tuvo lugar entre los años 1762 y 1770. En Caracas, como en las demás capitales iberoamericanas, la lengua era el cuarto poder en ausencia de diarios. La manía de Miranda el viejo, de llevar el bastón de mando con borla y de mudar de uniformes, le convirtió en cabeza de turco de los graciosos de Caracas, y metió a su familia en el purgatorio del ridículo. Dice el escritor colonial Arístides Rojas: "No había necesidad de más para dar pábulo a los maldicientes y holgazanes de la capital. Nuevos dichos pusieron en boca de los acusados, nuevas sombras en la persona de Miranda, agregando cada uno lo que a bien tenía. Era una ola de maledicencia que iba arrastrando cuantas inmundicias encontraba". Pongo esto para hacer comprensible el episodio más oscuro en la vida de Bello: la calumnia. Intenso debió ser el sentimiento y el dolor de don Sebastián Miranda cuando vendió su tienda de lienzos y amasijos de harina en 1769, para poder usar el bastón y uniforme de miliciano blanco. En 1771 comenzó la venganza del viejo Miranda en manos del primogénito, don Francisco. Como le trataron de mulato, y ni él ni su hijo podrían figurar en la alta sociedad de grandes cacaos, costeó el viaje de dicho hijo a España para que comprara el título de capitán del ejército español, además del indispensable informe de Hidalguía y Blasón (Angel Grisanti).

Don Francisco Miranda partió a Madrid, y en 1773 compró en ocho mil pesos fuertes el título de capitán, y se dio gratuitamente el de conde, español, mexicano o peruano. Para su padre el desembolso significó un desequilibrio grave. Según Grisanti, la clase aristocrática, o mantuana, de Caracas, arruinó primero al padre y algunos años más tarde mató al hijo. En efecto esta clase no creyó en el talento ni en la moralidad libertadora de Pancho nombre que daban a don Francisco Miranda. Recordaré que al mariscal Sucre, en Bogotá como en Caracas, le llamaron Antoñito hasta el fin. "Nunca hubo grandes hombres para sus parientes o conterráneos." Al llegar a Caracas la noticia de la victoria de Ayacucho, en enero de 1825, los caraqueños, es decir, los holgazanes y pillos de Caracas, decían por las esquinas: "¡Cómo serán esos españoles del Perú cuando Antoñito les gana batallas!" A veces es una suerte salir de un pueblo chico a tiempo. El que se aleja de un pueblo chico suele descubrirse valores insospechados. "Me hicieron creer que yo no era

yo", dirá Víctor Hugo. Lo muy chico suele ser un tóxico para lo grande. Mostrarse en Huérfanos Street todos los días es *capiti diminutio*, y al que no fuera a parte alguna le mataría el aburrimiento. Ponerse alejado y con misterio es lo que hizo con talento Miranda, lector de Tácito: *Omne ignotum pro magnifico*. Todo lo que no se conoce se supone magnífico. Sobajearse con todo el mundo y volverse *crotte* es todo uno. El padre de Miranda soñó en vengarse de los soberbios caraqueños que le habían humillado, y tomó el mejor partido: dar dinero a su hijo mayor para que se ilustrara y alternara con verdaderos nobles, superiores a los marquesitos de Caracas. Don Sebastián falleció en la miseria en junio de 1791. El mismo mes, su hijo, en Londres, asistió a dos banquetes, del Lord Mayor y del *Crown and Anker*. De la miseria en que había caído el padre del precursor hay pruebas en el libro de Grisanti. Doña Vicenta Miranda le había llevado a su casa de *lástima*, en su hamaca, porque un nieto le avisó cómo don Sebastián estaba comiendo sin cuchillo ni tenedor en su mesa. Los cubiertos habían sido empeñados. Otro dolor para él consistió en la ingratitud del hijo. Hay una carta del cuñado de Miranda a Londres en que le ruega: "Por Dios escribe a tu padre, no puede ser feliz ni honrado el que no cumple con esta obligación. Estoy contento y conforme que no hagas caso de mí, ya las ingratitudes me son pasto." En otra carta de junio: "Hombre de Dios, escribe a tu padre." El olvido del Precursor y el ningún deseo de regresar a Caracas, como no fuera para dar guerra, eran completos. Miranda paseaba. Un biógrafo dice de esos años: "Entre el 89 y el 90 Miranda se hace de amigos importantes en Londres. Baila, juega y conspira. La mujer de Johnstone simpatiza con el venezolano".

Quiero demostrar la posición, de cuna, de cultura y de vida que sirvió a los libertadores y que los diferencia de las personas de la clase social de Bello. Voy a demostrar más adelante la causa de la envidia que sintieron muchos, entre otros Díaz, respecto de Bello. Primero: los revolucionarios pertenecen invariablemente a la clase rica. Bolívar era uno de los jóvenes más ricos del mundo. Su renta consistía en más de cien mil dólares al año. Era dueño de haciendas y de esclavos, casas en Caracas y la Guaira; tenía minas en Aroa. Viajaba con diez mil pesos al mes. Sucre era descendiente del conquistador de Caracas, Francisco Infante. Los Sucre habían sido Gobernadores o capitanes generales. Su padre era Gobernador interino de Cumaná. Con quince años Sucre obtuvo el grado de

teniente. En diez años ganó el de mariscal. San Martín nació en Yapeyú, donde su padre, el mayor don Juan de San Martín, era personaje principal. A los seis años partió a Europa, donde recibió instrucción noble. Los hermanos Carrera eran ricos. O'Higgins, hijo de don Ambrosio, recibió educación en Europa y heredó de su padre la hacienda Las Canteras, 20.000 hectáreas y tres mil cabezas de ganado vacuno. Con 23 años era uno de los hombres más ricos de Chile, dice Misael Correa Pastene. Ricos fueron Jefferson, Franklin, Adams y Madison, según Van Loon. Este mismo autor asegura que Cromwell era de excelente familia. Lenin perteneció a la baja nobleza de la Rusia imperial. Puedo agregar en la lista a Kropotkin y Tolstoi, en Rusia. Franklin Roosevelt no provenía de los bajos fondos neoyorquinos, dice Van Loon, ni Balmaceda, o Alessandri nacieron en poblaciones callampas. Madero, en México, no era un "pelado". Los libertadores y precursores criollos viajaban constantemente de París a Londres, ciudad esta última donde obtenían dinero para conspirar contra España. Madariaga señaló no pocos precursores ricos y aventureros, anteriores a Miranda. Negociaban en Londres y a veces ofrecían compensaciones en islas o tierras firmes. La invasión de España por Napoleón impidió que los ingleses invadieran Venezuela, según el plan concertado por Welesley con Miranda.

Los libertadores o generales de la emancipación americana fueron sanguíneos y nerviosos. *Niños diablos*, como ha dicho Ernesto Montenegro de otro genio suramericano. Estos niños diablos se familiarizan con armas de fuego desde la niñez. Son amigos de las broncas y llegan a pensar que la patria les pertenece de manera exclusiva. La niñez de Bello, su sangre y sus juegos fueron otros.

A N D R E S B E L L O, C O R R E C T O R D E P R U E B A S

EN CARTA de Sarmiento a Matías Calandrelli, en agosto 12 de 1881, le dice, entre otras cosas: "La corrección de las pruebas de mis *Viajes* la hizo don Juan María Gutiérrez, de la Academia de la Lengua; y don Andrés Bello, igualmente académico. Bello gustaba mucho de *Recuerdos de provincia*, como lenguaje y recuerdos de

costumbres americanas, y rechazaba por infundadas muchas de las correcciones de Villergas, que la echaba de hablista y que encontró en La Habana de qué *parler* en achaque de lengua castellana, pues es hoy un hecho reconocido por la Academia misma que los mejores hablistas modernos son americanos, acaso porque necesitan más estudio de la lengua los que viven fuera del centro..."

Bello corregía las pruebas de *El Araucano*, con la pasión o conciencia que ponía en todos sus trabajos. El más pequeño error le producía molestia. Cuando salía de viaje por descanso, a Peñalolén o Valparaíso, recomendaba el cuidado de las correcciones a sus hijos, Juan o Francisco. La declaración de Sarmiento a su amigo Calandrelli nos distancia de la idea de que Bello y Sarmiento se hubieran resentido a causa de las discusiones o polémicas engendradas en diversidades de criterio, que no fueron de fondo, sino de apreciación de fenómenos que Bello comprendía a su manera, sin el ímpetu pampero del Sarmiento juvenil. Bello se hizo querer y respetar de los hombres de talento contemporáneos que le trataron, no importa el credo que tuvieran. Las cartas de Bilbao a Bello, con motivo de la muerte de sus hijos, Carlos, Francisco y Juan, implacablemente seguidas una tras otra, son conmovedoras. En noviembre de 1854, le dice, al final de la carta-pésame: "Desde París os escribí por la muerte de Francisco; desde Lima cuando murió Carlos; y hoy, desde Buenos Aires, por Juan, mi amigo y compañero, la alegría de nuestras reuniones juveniles, amado de todos, inteligencia luminosa, corazón profundo de ternura, encanto de nuestras horas de solaz, por su sinceridad, su brillo y su entusiasmo. En la virilidad de su genio y de su edad ha sucumbido. *Dura lex, sed lex*".

Bello derramó lágrimas en este papel de su discípulo, escrito conforme a sus reglas, con *i* latina.

Bello defendió la unidad, o cimientó del castellano, sin rechazar las expresiones americanas, que la enriquecen. Lo esencial es mantener el tono, la pronunciación. En Venezuela emprenden una cruzada bellista para hablar mejor, esto es, para no corromper las palabras. El hablar es pegativo, fruto de la imitación. Si nos hubieran llevado a China después de nacer hablaríamos chino y según la parte donde residieramos seríamos comunistas o nacionalistas. Me decía un ornitólogo que si pone al canario al lado del jilguero, ni el canario vuelve a cantar como canario ni el jilguero como jil-

guero. El más purista castellano si viviera entre huasos colchagüinos veinte años se sorprendería un día diciendo: ¡Yastá puiñor!

La Nación, 7 de enero de 1952.

DON ANDRÉS BELLO VERANEABAN

ANTIGUAMENTE los santiaguinos pudientes veraneaban en sus haciendas o en Valparaíso. Hasta el año 1863 no se conoció el uso del ferrocarril a Valparaíso. Venciendo fuertes oposiciones, se dio comienzo a la construcción de dicho ferrocarril en 1852. El general Pinto, padre de don Aníbal, y don Andrés Bello, viejos conocidos de Londres, defendían la obra mediante citas del éxito que el ferrocarril obtenía en Inglaterra, donde corría desde 1825. Al principio la gente sencilla se santiguaba cuando veía pasar por las calles o los campos esas máquinas aterradoras, con impresionante sonajera de ferralla y penachos de humo. Despedía olor a Maluco. Antes del ferrocarril, se iba a Valparaíso en birlochos o en carretas. La mercadería iba o venía en tropas de mulas. El ferrocarril quedó inaugurado el 14 de septiembre de 1863, en vísperas del Dieciocho. Los entretenimientos en el camino eran el puente de los Maquis, Llay Llay y el túnel de San Pedro. Mientras pasaba el tren en la obscuridad del túnel se podía rezar un Padre Nuestro. En Llay Llay almorzaban los viajeros. A los niños nos parecía admirable la comida de Llay Llay. Era un cambio. Viña no fue lugar de veraneo hasta bastante más tarde. Era una hacienda luso-chilena de la familia Vergara Alvares. Viana, y Alvares, con ese, suenan a portugués. La actual estación de Viña era la bodega de la hacienda. Los hoteles de Valparaíso eran franceses o ingleses. El mejor, el *Aubry*, de madame Aubry, estaba en la calle Aduana. En éste alojó don Andrés Bello. Otro, el *Dimier*, en la Plaza del Orden. El *Exchange*, que después fue *Bunuot*. El *Colón*, de Kerberhard, pariente de Sara Bernhard. El *Lafayette*, de Mr. Dodin. El *Cochrane*, de Ochninger, y el *Oddo*, de don Félix Oddo. El *Unión*, de monsieur Jannaud. En el *Exchange* servían sopas de tortugas de las Galápagos.

El 9 de enero de 1846, Bello pidió informes a su amigo argentino don Juan María Gutiérrez respecto de las condiciones y precios para un veraneo en Valparaíso. Bello le dice: "*Pienso en ir a Valparaíso con toda mi familia para residir ahí solamente 15 días.*"

Buscar casa i moblarla por tan poco tiempo sería sumamente embarazoso. Me a ocurrido la idea de ir a una fonda respetable, i para decidirme quería formar alguna idea del costo. Necesitamos una pieza con dos camas; otra con tres para dos niños i criadas; i otra supliendo nosotros los colchones que falten, con la ropa de cama necesaria en estas dos piezas. Almuerzo, comida i té; todo en mesa separada". Respeto la ortografía de Bello, que usé hasta 1911. Es la de mi primer embrión de escritor en 1910. Otra vez vemos a Bello en Valparaíso en febrero de 1854. Hay algo muy importante. Dice Bello que en esa atmósfera "se posesionó de él una invencible pereza". "Los libros y manuscritos descansaron en el fondo del baúl". Se trata del shock andino, que en el invierno de Santiago sabía vencer, no así sus hijos medio ingleses, muertos en flor, *fauchés come le blé*.

Vuelve la atención de Venezuela, en creciente oleaje, más fecundo día por día, con la constancia de una irrupción de riqueza natural, como el petróleo de la entraña, hacia la formación de un Andrés Bello justificado y definitivo. Por lo mismo, estos rasguños, en el cuadro general, tienen la importancia de un casi invisible toque en un retrato. Me parece ver a Bello, en Valparaíso, algo grueso y calvo ya, acercándose al estado de estatua, entregado a la hora sagrada del té, el *five o'clock* de su esposa británica, en cuya compañía su mente prodigiosa descansaba, como que nunca aprendió el castellano. Una esposa que no puede leer lo que escribe el esposo, y que si leyera no entendería, es el ideal del escritor. Así era doña Elizabeth Dunn, de Londres. Así la veo mientras toma la té con *home made cake*. Ella decía la té.

La Nación, 24 de enero de 1953.

H A C E C I E N A Ñ O S E N V A L P A R A I S O

UNA MAÑANA del 13 de febrero del año 1854, don Andrés Bello, que veraneaba en Valparaíso, escribió una carta a su amigo don Manuel Ancizar. Era éste un escritor y político, representante de Nueva Granada en Chile, Nueva Granada es el nombre que tomó Colombia cuando se separó de Venezuela y de Ecuador. El año 1830 se había producido la separación y muerte de la Gran Colombia.

Era don Manuel Ancizar, un joven, casi un niño para Bello que le estimaba y le comprendía. En 1853 don Manuel Ancizar había publicado un libro titulado *Las peregrinaciones de Alpha*. Don Andrés había leído el libro durante el viaje, no obstante la modorra de las vacaciones.

Voy a evocar el momento en que don Andrés escribe la carta.

Don Andrés no está muy cómodo en la pieza, "de fonda" como decía él, en castellano. Pieza del primero que llega y paga. Dos camas, mesas de noche con escupideras, y otra mayor, con mantel, que sirve para las comidas. Don Andrés ha quitado momentáneamente el mantel. Su esposa e hijos han salido a los baños. Don Andrés escribe:

"En efecto, querido amigo, aquí estamos, bastante bien hallados, aunque no tan holgadamente alojados como sería de desear. Permaneceremos en este puerto hasta el primero de marzo. ¿En qué consiste que en esta atmósfera de actividad i movimiento se ha posesionado de mí una invencible pereza?

Don Andrés asegura a su amigo que *Alpha* le acompañó y le divirtió en su peregrinación. Fue su solaz en la calorosa siesta de Curacaví, y no ha leído otra cosa en Valparaíso.

Más adelante pregunta: "¿Ha leído Ud. un delicioso poemita de Goldsmith, *The deserted village*? La peregrinación de Alpha me lo ha hecho recordar".

En seguida le dice: "El estado de Venezuela es verdaderamente melancólico. Lo que yo veo allí es una verdadera oclocracia i si ella triunfa en la revolución que amenaza, su imperio va a ser más tiránico y desastroso que nunca".

Un momento. Respetemos la i de don Andrés y veamos. ¿Qué es la oclocracia que amenaza a Venezuela en 1854? ¿Qué significa la palabra oclocracia? Esta palabra, de origen griego, proviene de *ochlos*, turba, y *krateo*, dominar. Luego, quiere decir que, según Bello, ya no hay en Venezuela una minoría selecta, o egregia, tomando la expresión de Ortega y Gasset. Según Bello, en Venezuela, en febrero de 1854, el Gobierno consiste en un montón de audaces intrigantes, mediocres y demagogos. No se ve una cabeza límpida, creadora y libre, a la vez que sencilla, austera y clara.

Bello se encuentra en Valparaíso y es ciudadano chileno por ley de la República. La situación de Chile es comparativamente buena. Las revoluciones, o bochinches, han sido aplastados, y un elemento étnico superior ha logrado dominar en parte la anarquía. Es Pre-

sidente don Manuel Montt, y rige la Constitución de 1833. Bello ha conseguido realizarse a sí mismo en su concepto americanista continental. No concibe los nacionalismos ni los patriotismos locales, o pequeños. De frente en medio de obstáculos increíbles avanza siempre, y poco falta para que logre la finalidad de todo creador: dar vida a su programa.

¿Por qué causas no pudo hacer lo mismo en su amada Venezuela? Porque le atajó una oclocracia larvada ya en 1810. Bello fue esterilizado en flor por fuerzas diabólicas en Caracas y en Londres.

Las armas de la nulidad para desplazar o apocar al mérito, consisten principalmente en la intriga, en la maledicencia y en la demagogia. En torno al alejamiento de Bello de Venezuela, y a su esquivéz, he deseado no poco decir mi verdad, aunque para ello sea indispensable apartarme de cierto *comme il faut* histórico. Bello fue un creador, y no un realizador inmediato. Previó. Es evidente que desconoció el entusiasmo revolucionario directo. Bello carecía totalmente de vocación para destruir, y la guerra de la independencia asumió un carácter sádico, arrasador, que aún hoy se percibe. Voy a recordar a Adler cuando dice: "Ningún individuo carece de voluntad de acción. Cuando un individuo se distrae en ciertas funciones o tareas, es porque éstas o no le interesan o prevé su esterilidad". Pero, ese mismo individuo es atento y cuidadoso para realizar otra función, de acuerdo con su ideal y temperamento. A esto lo llama Adler "ajustarse a su actitud vital en línea de movimiento". Van Gogh, el pintor, expresa el mismo sentir así: "El holgazán, o tímido a pesar suyo, es el que está roído por otras ambiciones no centradas en su medio". Yo no estoy de acuerdo con Madariaga en su obra *Bolívar*, pero Madariaga no es un tonto. Cuando leí que mucho de lo que era oro para Bolívar era oropel para Bello, me fue imposible no quedarme pensando un rato.

El destino de Bello era otro. Desde luego superior al medio y ultra educado. Me basta analizar minuciosamente la carta a su amigo Ancizar, de hace cien años, para descubrir rasgos de su educación. Es una carta de amigo que cumple y estimula. Da lo que más falta hace aquí. En los escritos de Bello los que crean encontrar líneas inaplicables o sobrantes se equivocarán siempre. Su penetración del espíritu humano y de su tiempo es la única explicación de su durabilidad entre escollos tremendos, miseria y desgracias de familia. Debía durar y duró.

Valparaíso mostraba elocuentes señales de progreso. Docenas de barcos de todas las naciones hacían escala para El Dorado, en California. La influencia británica era como timbre de orden en cada calle.

En el final de la carta no podía faltar la nota triste. Dice:

"Cárlos ha tenido bastante que sufrir en su salud. Se vino a Valparaíso huyendo de los calores de Santiago; pero tampoco le sentó bien i tuvo que refugiarse en Quillota".

Carlos era el primogénito, fruto del primer matrimonio, de Ana Boyland, nacido en un Londres afiebrado y enardecido, cuando *Boney* (Napoleón) rugía otra vez, en Bélgica. Nunca la situación de Bello había sido peor que en ese año 1815, cuando nació Carlos. Era un pedazo de su pasado, de su pobreza y de su destierro.

Carlos Bello Boyland, el más arrogante y romántico de sus hijos, murió pocos meses más tarde, de tisis, con treinta y nueve años.

La Nación, 13 de febrero de 1954.

D O N A N D R E S B E L L O Y L A C O M I S I O N R E V I S O R A

EN NOVIEMBRE de 1855, hace cien años, fue adoptado el proyecto de Código Civil, obra de don Andrés Bello. Tres semanas más tarde, el proyecto obtuvo el pase indispensable.

Cuando discurro por nuestra Alameda y veo a Bello sentado en su silla, en el corazón de Chile, frente a la Universidad, pienso: Ahí está la llave del Derecho, de la dignidad y de la jerarquía. En seguida recito la estrofa del poema, que olvidaron a veces los argentinos:

*Hácelte amigo del juez
no le des de qué quejarse
y cuando quiera enojarse
vos te debés encoger
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse.
Nunca le llevés la contra
porque él manda la gavilla*

*allí sentado en su silla
ningún güey le sale bravo
a uno le da con el clavo
y a otro con la cantranilla.*

Un detalle referente a los trabajos de la Comisión Revisora del proyecto de Bello revela un aspecto muy importante del carácter nacional. Quiero revelarlo por cuanto cada día se nos presenta en diversas modalidades.

Según leí en *El Diario Ilustrado*, la llamada Comisión Revisora, del Código Civil, compuesta por "destacados juristas y miembros de Tribunales Superiores de Justicia", llevó a cabo más de 300 sesiones en las que se introdujeron algunos cambios, *no siempre afortunados*, ya que uno de los escasísimos errores (contradicción) no fue debido al señor Bello, sino a dicha Comisión Revisora.

Con permiso de los doctos, culpo del desastre a la vanidad nacional. Vamos por partes.

La situación de Bello en Santiago, desde su llegada hasta su muerte, estuvo sujeta a un juego difícilísimo de equilibrio incesante. El cerebro del humanista no podía desconocer el peligro y las dificultades de su posición ni un solo segundo. Era un Blondin en la cuerda floja, sobre la catarata del Niágara social santiaguino.

Apartémonos un momento de la apoteosis bellista, creciente como petróleo espiritual después de la muerte de don Andrés.

En 1855 este petróleo triunfante ahora, era una gota, un indicio. Si no reflexionamos en la situación secreta que tuvo Bello en Chile hace un siglo, nos faltará un motivo esencial para comprender su caso. No se trataba solamente, para él, de hacer un Código Civil. Había, además, que contentar a un poderoso núcleo de hombres importantes, a los que era peligrosísimo no tomar en cuenta. Los enemigos de Bello eran entonces más numerosos que sus amigos. El oleaje siguiente a la tempestad de las guerras de independencia era fortísimo, con tendencias libertarias. Bello, con menos amigos que enemigos, no podía evitar los vaivenes y peligros del oleaje. Principalmente a causa de la calidad de sus protectores conservadores.

Los revolucionarios tildaban a Bello de conservador y retrógrado. Dos hombres geniales participaron de esta creencia: Mora y Sarmiento.

Más tarde, ambos, Mora y Sarmiento, cambiaron de opinión. Bello no fue conservador ni pelucón. No olvidemos la calidad o excelencia

de su talento. Un humanista, un sabio como él, no puede ser encasillado en la uniformidad de una tendencia política. Bello, universal, fue más liberal que conservador.

Cuando llegó a Santiago, hizo Bello una visita a don Juan Egaña, conservador acérrimo, padre de don Mariano. En dicha visita, Bello quedó sorprendido de la ignorancia de don Juan Egaña. En efecto, juzgó que el padre era inferior a don Mariano, el hijo, a quien le unió invariablemente la más estrecha amistad.

En 1855, como ahora, ningún hombre superior puede realizar obra grande si no hace la concesión de llamar a otros hombres del tipo figurón para que aparezcan como asociados o colaboradores. El figurón nacional ha sido un escollo de todos los tiempos. Por lo mismo, el político hábil, antes de emprender un trabajo, sondea las opiniones de los caballeros vanidosos de primera fila *para darles a entender* que les respeta. ¡Ay del que no lo haga! En mucha parte la caída de Balmaceda se debió a que prescindió de ciertos figurones poderosos. Se sabe que Balmaceda cambió el personal tradicional de las esferas del Gobierno, por otro personal de clase más modesta no bien visto en la aristocracia plutocrática. Si el puerto de Valparaíso tardó en ser construido —y al fin lo fue con defectos graves—, ello proviene de la intervención —para figurar y lucrar— de personajes santiaguinos intrigantes y vanidosos. El holandés Krauss, autor del primer proyecto, se vio sumergido por la codicia y la vanidad de las *comisiones revisoras*. Nunca vino a Chile un holandés tan importante como Krauss. Más tarde la Reina Guillermina le hizo su Ministro de Obras Públicas. Otro caso fue el del alemán Dorner, contratado para dirigir nuestros ferrocarriles. Un figurón, al que hizo esperar en su antesala, cortó su carrera. Le hizo renunciar. Más tarde, en 1915, este mismo Dorner era director general de los ferrocarriles del Imperio Alemán durante la primera guerra europea.

Bello hizo creer, no una sino docenas de veces, que su obra era el resultado de una colaboración de personajes importantes. De no proceder así hubiera salido de Chile con cama y petacas.

No le querían en Santiago. Infante le llamó "miserable aventurero", en la discusión de la República Federal. Angel Gallo escribió en Copiapó, en 1873, lo siguiente: "Bello conocía el suelo que pisaba y su anómala situación. Por eso su participación en las cuestiones políticas y sociales era tan sobria cuanto inteligente".

Cuando pasaba por las calles, con su señora e hijos, solía escuchar socces insultos. Dice el mismo Gallo: "Este maestro tan verecundo, este hombre tan sencillo como franco, este filósofo tan afable como humilde, tan profundo en el fondo como manso y cristalino en la superficie, fue durante muchos años objeto de odio y execración, blanco de invectivas, víctima inocente de la ignorancia estólida. El filósofo y el maestro era apostrofado con los epítetos de extranjero y hereje. Su esposa y sus hijos eran apostrofados con los mismos ultrajantes motes. El aula estuvo desierta de alumnos. El sueldo no se le pagaba puntualmente".

La Nación, 8 de diciembre de 1955.

DESTINO DE DON ANDRES BELLO

DON BARTOLOMÉ Bello había obtenido el título de abogado un año antes de que naciera su hijo Andrés (1780). Era chantre en la iglesia de las Mercedes, en cuyo costillar vivían. Hasta entonces la carrera de abogado era incierta y desacreditada. El Colegio de Abogados fue abierto solamente en 1788. Don Bartolomé obtuvo el título de Bachiller en Leyes en la Universidad Real y Pontificia, "almáciga que durante la Colonia abastecía de ministros a la iglesia, a la justicia de Magistrados y al pueblo de defensores". Esto último es bastante discutible. El pueblo americano bebió en su cuna el odio a los leguleyos y a los oidores. Los jurisperitos se odiaban entre sí, como se odiaban entre ellos los frailes de los distintos conventos, los oidores y los magistrados. El cuento de la Quintrala proviene de un pleito por rivalidades entre los Agustinos, que eran entonces nuevos en Chile, con los otros conventos, amparados por el Obispo Salcedo. Este Obispo dio una vez en el blanco y murió desacreditado. En 1632 escribió a la Corte en Madrid para denunciar el daño que causaba la multitud de frailes. "No queda duda —decía— de que no conviene traer frailes de España. Que los pueden sacar de este Reino para otro, sin hacer falta". Los frailes, como los leguleyos, correspondían entonces a los abogados y a la burocracia legislante de ahora. Podían exportar la mitad para que sirvieran en otros países y aún así sobraban. La aversión a los abogados y a los letrados consta en diversos documentos. Hay uno de 1509 de la Casa de Contratación de Sevilla, en que acusa recibo de Orden

Real respecto a la inconveniencia de mandar letrados abogados a las Indias. Otro de Vasco Núñez de Balboa, en 1513, pide al Rey Católico que "no mande ningún Bachiller en Leyes ni otro alguno si no fuere de Medicina so una gran pena, porque ningún Bachiller acá pasa que no sea diablo y tienen vidas de diablos e no solamente ellos son malos, más aún, facen y tienen forma por donde haya mil pleitos y maldades". Igual cosa ocurrió en México en tiempos de Hernán Cortés. El Gobernador Ortiz de Zárate ordenó que durante diez años no hubiera letrados ni Procuradores en la Gobernación del Río de la Plata (Héctor Parra Márquez). Se contaba el caso de un Obispo que pidió un mapa y encargó que le hicieran un derrotero para viajar tres mil leguas sin ver Oidor (Villarreal, Gobierno pacífico).

El poderoso mutismo de don Andrés Bello respecto de las aventuras de su vida y de las de su familia nos conducen incesantemente a un mar de suposiciones. La madre de don Andrés, doña Antonia López, es todavía un enigma. El ilustre bellista, don Pedro Grasses, me aseguró que el padre de ella pintaba con talento en la época colonial. El apellido López insinúa una novela de sugerencias judeo-hispanas. Es apellido de judíos de España y Portugal. No pocos perecieron quemados en persona o en estatua o penitenciados por la Inquisición desde 1483 a 1504. El doctor más famoso en Londres, durante el reinado de Isabel, en 1593, se llamó Ruy López, portugués expulsado por el Santo Oficio, refugiado en Inglaterra. Asimismo, el doctor de cabecera del último sultán de Turquía se llamaba López, descendiente de judíos expulsados de España. Don Andrés heredó de su madre frecuentes dolores de cabeza y, posiblemente, el prodigioso poder cerebral, además de la resistencia para sobrellevar su parte alícuota en el dolor universal.

Don Bartolomé, padre de don Andrés, debió de ser un marido fiel, conforme al dogma, no obstante iluso, agitado y un poco extravagante. Era el siglo de las extravagancias, cada cual en su género. Músico en la Catedral y chantre en la iglesia de los pardos, no ha dejado composiciones valederas. La hacienda llamada *el Helechal*, antigua posesión de la familia Bello López, donde aprendiera a cabalgar don Andrés, pasó en trampas y pleitos a otras manos. Don Andrés conoció la hora sombría de las recriminaciones caseras y el drama inolvidable del traspaso a los nuevos propietarios una tarde apacible, entre bandadas de garzas y familiares y helechos encendidos y suaves como mantones de Cachemira. En

adelante la familia Bello vivió en Caracas. Siempre en Caracas. Don Andrés siguió el camino de Londres, la capital que William Cobbett llamó la Loba. Hay mil aullidos feroces en las ciudades industriales. Cuando Bello se encargó de nuestra Universidad, su familia venezolana había sido tragada por la pobreza, por la furia revolucionaria y por las pestes. La casa no existía desde el terremoto de 1812. Hermanos muertos, hermanas en los claustros.

Don Andrés separaba todos los meses preciosas monedas de oro chileno para enviarlas a su madre, que no vería nunca más. Tampoco vería la casa, ni el naranjo del patio, ni los granados, ni escucharía las campanas en la torre de las Mercedes. Toda su vida guardaría un rumor escondido en melancolía para tanta idea de ruina. El hubiera sido campesino y poeta, sin guerras ni política. Dondequiera se encuentre recordará el anauco, el samán, el Catuche... Tú que en mejores días viste el hermoso brillo con que Naturaleza... En las nieblas de Londres, en su casita de oscuros ladrillos urbanos, sentiría pasar ráfagas de las islas encantadas del Sur con el poderoso aliento de la América Virgen.

Entre las brumas del invierno londinense, el año 1826, compuso su *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*. ¡Salve fecunda zona que al sol enamorado circunscribes! Después será el cantor incesante de los campos chilenos. Pocos autores nacionales mencionaron con más frecuencia y cariño las aves familiares de nuestros campos: la tórtola, el jilguero, la diuca, el picaflor y el águila. Le agradaban los paseos rurales y componía sus mejores páginas en la rusticidad campesina de Peñalolén.

La Providencia hizo que este hombre, enamorado del campo, extasiado lector de Virgilio, fuera el fundador y primer rector de nuestra Universidad. Misteriosos designios llenos de interrogaciones sin respuestas y de moralejas contradictorias. Era indispensable fundar la Universidad y al mismo tiempo no podía dejar de poner en guardia a los jóvenes obreros y campesinos contra las incitaciones de las ciudades. Todo exceso equivale a la ausencia, y una lluvia de bachilleres en leyes no ha servido nunca para esclarecer los procesos de la justicia ni para ayudar a los jueces en el desempeño de su misión. Parece que el maestro hubiera previsto en Londres lo que ocurriría cien años más tarde. Precisamente nuestras universidades son excesivas para nosotros; podríamos dar y prestar de sus frutos a toda América y todavía nos sobrarían. Bello no quiso prestarse para que nuestra América fuera una nación de bachilleres,

de doctores y de otra gente de papeleo. Pidió ardientemente que nuestros campesinos no se convirtieran en parásitos del Fisco.

Aun en sus poesías Bello se nos aparece como un hombre práctico, sencillamente equilibrado, con recetas de médico de campo. A nuestras universidades, aun a las mejores, les podríamos aplicar la misma prevención que pusimos a nuestras academias navales y militares. Nos quedaron grandes. Ocurre con ellas algo parecido a lo que contaba un industrial en alfileres. La máquina moderna produce en un mes alfileres para dos años. En el entreacto es preciso escoger entre cerrar o que lo cierren a uno por quiebra. Nuestras universidades podrían surtir profesionales titulados a toda la América: nuestras escuelas militar y naval, lo mismo. Somos ocho millones de chilenos. Virtudes como éstas pueden convertirse gradualmente en plagas.

La Nación, Santiago de Chile, 13 de septiembre de 1965.